

LO QUE VE UN TURISTA EN LA HABANA

(CONFERENCIA DADA EN LA NOCHE DEL MARTES 14 DE AGOSTO DE 1934 POR EL INGENIERO MARIO GUIRAL MORENO, EN LA SESION PUBLICA CELEBRADA POR LOS "AMIGOS DE LA CIUDAD", BAJO LOS AUSPICIOS DEL "LYCEUM" EN LOS JARDINES DE SU EDIFICIO SOCIAL, CALZADA ENTRE A Y B, DEL VEDADO).

Señores:

Háce ocho años, en el mes de Julio de 1926, invitado a tomar parte en el Primer Congreso Nacional de Municipios y comprometido a disertar sobre **El Ornato como elemento de cultura municipal**, escribí algo cuya recordación estimo oportuna esta noche, en que los "Amigos de la Ciudad" me han dado el encargo de referir **Lo que ve un turista en La Habana**, procurando traslucir, por decirlo así, la impresión que seguramente recibe cualquier extranjero de refinada o mediana cultura, cuando recorrer las calles de nuestra urbe capitalina con espíritu inquisitivo o puramente recreativo, como el que se apodera de todo viajante al llegar a un país extraño con la pretensión de conocer y descubrir todo lo que hay en él de interesante o novedoso.

Dije en aquella ocasión —y he de repetir ahora— refiriéndome "al conocimiento de las personas y muy especialmente a las del sexo femenino, que es de gran interés y conveniencia procurar en todos los casos que la primera impresión que se produzca sea lo más grata posible, porque es esa impresión la que más intensamente se graba en nuestra retina; la que generalmente se conserva en nuestra memoria; la que con mayor dificultad se borra, y, por todos estos motivos, la que por más tiempo perdura; a tal extremo que, aún en los casos en que el trato posteriormente mantenido llega a rectificar el primer juicio formado acerca de las cualidades intelectuales, morales y sociales de la persona recientemente conocida, con gran dificultad se logra mejorar, o atenuar siquiera, la desagradable impresión recibida en lo atañedor a sus cualidades físicas".

Y hacía esta observación, "que tiene su exactitud y fundamento, porque algo muy semejante ocurre respecto de las ciudades y poblaciones— cualesquiera que sean su extensión superficial e importancia desde los puntos de vista de su desarrollo industrial o comercial—, precisamente porque son sus condiciones materiales —como las cualidades físicas de los individuos— las que primeramente se advierten, siendo ellas los principales factores que influ-

yen en el juicio, favorable o adverso, que toda persona tiene tendencia a formar sobre el estado de adelanto y de cultura de las ciudades, villas o poblaciones que visita y cuyo conocimiento directo empieza a adquirir desde el instante preciso de su arribo. Es, por lo tanto, una consideración de carácter estético la que interviene como elemento primordial en la impresión que recibe —y que casi siempre retiene en su mente, por las razones ya expuestas—

todo el que llega por primera vez a una localidad y fija la vista en ella para apreciar y juzgar, con espíritu crítico, cuanto resulta merecedor de alabanza o de censura".

Y ¿qué es estética urbana? No necesito definirla: la cultura de las personas que forman este selecto auditorio me exige de explicar cuáles son los factores que la producen, bastándome recordar que la estética es la ciencia que trata de la belleza, y que la belleza existe o puede existir en todo lo que tenemos a la vista y es objeto de contemplación, lo mismo en las cosas inanimadas que en los seres vivientes. Por esta razón llamamos estético a todo lo que produce la sensación de lo bello, y antiestético a lo que provoca un sentimiento contrario: lo estético atrae, seduce,

cautiva y entusiasma; mientras que lo antiestético, resultante de una fealdad o deformidad, produce siempre en nuestro ánimo un sentimiento de desagrado y repulsión.

Lo limitado del tiempo de que dispongo para tratar un tema de tan vastas proporciones como el de la estética urbana en sus múltiples y variados aspectos, impídeme entrar en ciertas disquisiciones cuya exposición sería conveniente, para precisar el carácter doblemente objetivo y subjetivo que tiene la percepción de la belleza, puesto que ella, lo mismo que la de la fealdad, depende en gran parte de la educación del individuo, de su inteligencia y cultura, del ambiente que lo rodea y, en suma, de su preparación mental para poder percibir las sensaciones que predisponen al goce espiritual, en unos casos, y en otros a la contrariedad y la depresión; pero no puedo dejar de señalar el error en que incurren, con lamentable fre-



MARIO GUIRAL MORENO
Ingeniero Civil.

cuencia, quienes suponen que la producción, el mantenimiento y el culto de la estética son patrimonio exclusivo de las clases adineradas, cuyos recursos les permiten crear, ejecutar o adquirir obras de extraordinaria belleza, para proporcionar el gusto de contemplarlas con arrobamiento.

Este error craso, este equivocado concepto se deshace fácilmente, cual débil pompa de jabón, al pensar que todos los individuos, aún los de posición económica más modesta, son susceptibles de poseer las cualidades que se requieren para concebir y apreciar lo que es estético, en tanto que los recursos pecuniarios nada significan cuando éstos se hallan en manos de quienes, por falta de educación artística, del sentimiento de lo bello, de espíritu altruista y demás cualidades necesarias para percibir los inefables goces del espíritu, son incapaces de propiciar ninguna obra digna de admiración o perpetuidad. Así vemos que las personas de cultura superior y refinado gusto prefieren mantener desnudas las paredes interiores de sus hogares, si por falta de recursos no pueden decorarlas con cuadros y adornos de verdadero mérito; en tanto que los individuos de cultura mediana o rudimental procuran atiborrarlas con cuadros grotescos y ridículos, recreándose con la contemplación de policromías absurdas y otros objetos de pésimo gusto, exponentes de la falta de preparación artística y rudeza mental de sus poseedores.

Lo expuesto anteriormente es bastante para llegar a la conclusión de que todos los buenos ciudadanos, cualquiera que sea su posición social y económica, están en aptitud de contribuir al mantenimiento de la estética pública o urbana, teniendo el deber de actuar individual o colectivamente contra todos los factores que contribuyen a destruir cuanto existe en nuestra ciudad digno de conservación y de respeto, para tratar de conseguir que, dentro de un lapso más o menos corto, desaparezcan todas esas señales de inferioridad y de incultura que han convertido a esta capital en una urbe de ínfima categoría, al ser comparada estéticamente con otras poblaciones de su mismo rango.

*

Dicho esto, entremos en materia, describiendo la peregrinación —que tuvo también algo de odisea— de un turista norteamericano, llegado a nuestro puerto bajo la impresión, producida en su ánimo por algunos conterráneos nuestros residentes en el extranjero, de ser La Habana “una de las más bellas ciudades de América y la ciudad más limpia del mundo”...

Ya tenemos en el muelle a Mr. Young, hombre de negocios, pero de refinado espíritu, culto y observador, que ha recorrido gran parte del mundo y que, por su prolongada estancia en España y en varios países de Sur América —Argentina, Brasil y Uruguay entre ellos— conoce a la perfección nuestro idioma, que habla, lee y escribe con excelente ortografía.

Amigo suyo, por haber mantenido con él relaciones de carácter profesional, acudo a recibirlo y me ofrezco para servirle de guía o “cicerone” durante su breve estancia de tres días en nuestra capital.

—Tienen ustedes una hermosa bahía —me dice Mr. Young apenas cambiados los primeros saludos—; pero es lástima que sean tan feos los frentes de esos edificios que se ven desde a bordo a la entrada del canal. Además, aquel muelle incendiado hace muy mal efecto al viajero.

—¿Un muelle incendiado?— le pregunto a mi vez, tratando de descubrirlo desde la explanada de La Machina, donde nos hallamos situados.

—Sí, aquel que está hacia allí— y Mr. Young me señala el Espigón Número 2 de los muelles del Estado, teniendo necesidad de explicarle que su destrucción parcial fué ocasionada por el huracán del 20 de Octubre de 1926, pero que por falta de tiempo y de recursos no ha sido posible repararlo...

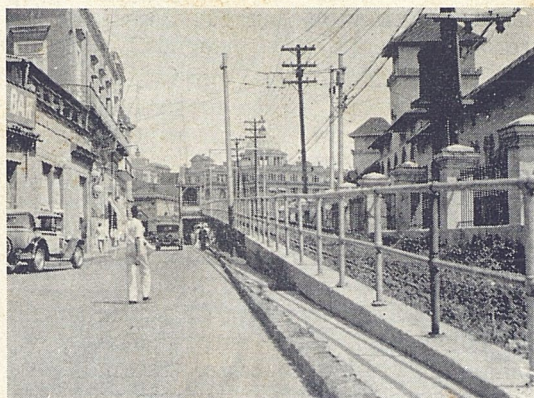
—Pues mire usted —añade Mr. Young—: yo creí que esa gran armazón de hierro, cuyas planchas han desaparecido en varios de sus costados, había sido destruída por un fuego reciente; y al contemplar desde el vapor sus pilares o columnas sosteniendo la armadura del techo, cual si fueran dos frentes humanas que se aproximan, hízome la impresión de unos gigantes de acero que bailaban **La Carioca**

—Tiene usted mucha imaginación —le dije como único comentario; y seguimos caminando por la en un tiempo famosa Alameda de Paula, actualmente casi desprovista de arbolado y cuyo pavimento, en gran parte destruído, constituye un verdadero suplicio para los peatones. Volvemos a estar en el punto de partida, frente al muelle de La Machina, y me doy cuenta de que Mr. Young tiene fija su mirada observadora en esa otra horrible estructura metálica, sin razón de existencia en la actualidad, a la cual denomina nuestro pueblo “El elevado” de la línea de tranvías.



Un aspecto de la histórica Alameda de Paula, en el litoral de la bahía, actualmente desprovista casi de arbolado y con el pavimento destruído.

PATRIMONIO
CULTURAL



Un aspecto de la línea del elevado de los tranvías, cuya existencia carece en la actualidad de explicación, y que con el conjunto de postes y alambres del tendido aéreo constituye uno de los muchos atentados a la estética urbana, frente a los muelles por donde desembarcan los turistas.

—Esto es muy interesante y curioso— exclama Mr. Young, mientras toma con su cámara fotográfica varias vistas del lugar, al mismo tiempo que me invita a seguir recorriendo todo el litoral, hacia la entrada del puerto, y me comunica sus deseos de visitar los principales sitios de La Habana antigua o colonial, cuya descripción ya conoce en parte por la lectura de libros y periódicos.

Por la calle de San Pedro, siguiendo el zigzag de sus caprichosas alineaciones; teniendo siempre hacia la derecha la visión del “elevado”, cuya antiestética estructura afea por completo lo que, sin ella, pudiera llegar a ser uno de los más bellos paseos ribereños al mar; cruzando por delante de un gran depósito de escombros, hierros, maderas y otros materiales abandonados al fondo del edificio que ocupa la Secretaría de Comunicaciones, precisamente frente al lugar por donde desembarcan en su mayor número los turistas que llegan al puerto de La Habana, y después de un recorrido de varias cuadras por entre postes altos y gruesos, metálicos los unos y los otros de madera, llegamos a la Plaza de Armas, desde la cual contempló Mr. Young el antiguo Palacio de los Capitanes Generales de la Colonia, que en la actualidad ocupa nuestro Ayuntamiento, y el que, después de su última restauración, discretamente ejecutada, es uno de los pocos edificios públicos que pueden mostrarse con orgullo a los extranjeros que nos visitan.

El buen efecto que produjo a mi amigo la contemplación del histórico Palacio quedó, sin embargo, prontamente neutralizado al fijarse en las farolas del alumbrado público existentes en la Plaza de Armas, partidos algunos de sus pedestales por los ciclones que devastaron nuestra urbe hace ya un cuarto de centuria, y deteriorados los brazos y cristales de casi todas por el último huracán, que azotó a La Habana hace ocho años, sin que me fuera dable encon-

trar razones o pretextos para disculpar tan inexcusable abandono, ante Mr. Young, quien esta vez, como ya lo había hecho anteriormente en varias ocasiones, hizo uso de su cámara fotográfica para... llevarse un recuerdo de su visita a la histórica Plaza.

Igual muestra de incuria, por lo que respecta a los focos del alumbrado público, advierte luego el turista al visitar los “parques” o plazuelas de San Juan de Dios, Luz y Caballero, Padre Varela y Finlay, en todos los cuales yacen los restos de las antiguas farolas de gas, en desuso hace más de seis años, dando al forastero la sensación de estar en quiebra el servicio del alumbrado público; sensación que se robustece al ver que hasta las farolas ornamentales de la Plaza de Albear, situadas frente a los edificios del Centro Asturiano y de la Manzana de Gómez, carecen en gran parte de los globos de cristal nevado, rotos muchos de ellos hace más de un lustro y no repuestos todavía. La estatua de Cervantes, aprisionada entre rejas en el primero de los citados parques; la de Luz y Caballero en el que lleva su nombre, y los bustos del Padre Varela y de Finlay parecen sonreír sarcásticamente al verse tan abandonados por quienes, al querer rendirles un homenaje, sólo consiguieron condenarlos a la soledad y la tristeza, teniéndolos en lugares yermos y solitarios, relegados al olvido...

Nuestro huésped se empeña en recorrer a pie el mayor número de calles de La Habana,



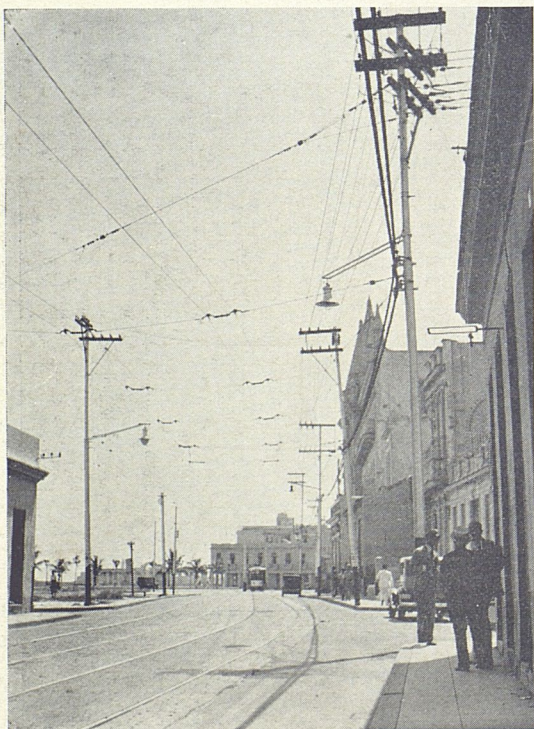
Pedestales de los antiguos focos de gas, en desuso desde hace más de seis años, que aún subsisten en el Parque Luz y Caballero, en el estado que puede verse por esta fotografía.



Uno de los muchos letreros pintados en las fachadas de los edificios de esta capital, y que debieran hacerse desaparecer totalmente en defensa del ornato y de la cultura ciudadana.

y es preciso complacerlo, aun a trueque de mostrarle no pocas imperfecciones que hubiera sido mejor mantenerlas ocultas, para evitar que se formara un juicio desfavorable de nuestra cultura ciudadana; pero Mr. Young es un turista que quiere conocerlo todo y que se empeña en fotografiar cuanto le llama la atención o despierta interés en su espíritu de buen observador.

Una de las cosas que le producen impresión desagradable es el gran número de edificios cuyas fachadas se hallan en completo estado



Conjunto de postes y alambres del alumbrado público y de la línea de los tranvías, en la calle de San Lázaro o Avenida de la República, a poca distancia del Parque de Maceo.

de suciedad, con grandes desconchados y sin pintura, ostentando muchas de ellas grandes letreros, disparatados y absurdos.

—Es lamentable que aquí esté permitido pintar y ensuciar de ese modo las paredes—, exclama al advertir tales inscripciones.

—Usted se equivoca al pensar de ese modo —le replico al momento—. Aquí no está permitido pintar letreros en las fachadas.

—Y, si no está permitido, ¿cómo los pintan? —arguye a su vez.

—Pues... con una lata de pintura de cualquier color, rojo, verde, negro o azul, y una brocha gorda; —le contesto, tratando de evadir su enojosa pregunta, que finjo no haber entendido bien.

Mr. Young se sorprende asimismo al notar la profusión de carteles, de todos los tamaños y colores, pegados en paredes, puestos, vidrieras, vallas y postes, y hasta en los pedestales de los monumentos públicos: “Horizontes Verdes”, “Albores de Libertad”, “El Rabo”, “El Loco”, “El Fuego”, “Kandela”, “La Espiga de Teresita”, “La Masucamba”, el tradicional baile de la Tutelar de Guanabacoa, amén de espectáculos teatrales, verbenas, romerías, sustancias alimenticias y medicamentos —cuanto es susceptible de propaganda y divulgación— se ven anunciados en cartelones y pasquines en todos los sitios públicos, con desdoro de nuestra estética urbana. Mr. Young se extraña de que tal cosa no esté prohibida en La Habana, y al explicarle de nuevo el error en que incurre, repite por segunda vez la misma pregunta:

—Si eso está prohibido, ¿cómo los pegan?

—Pues... con una brocha, un poco de engrudo y... la completa seguridad de que la infracción ha de quedar impune. Ya tiene usted explicado por qué razón los propietarios no se toman el trabajo de pintar las fachadas de los edificios, sabiendo que al día siguiente de haberlas hermoseado volverán a estar cubiertas de letreros y pasquines anunciadores, sin que los llamados a imponer las penalidades consiguientes se tomen la molestia de hacer cumplir las disposiciones por ellos mismos dictadas en bien de nuestro nombre, de nuestra cultura, del ornato y de la estética.

Mientras sosteníamos este diálogo, yendo Mr. Young por la estrechísima acera de una de nuestras calles de poca anchura, y estando él a poca distancia de un gran charco de agua, acumulada en un bache, como consecuencia de la lluvia caída el día anterior, un ómnibus se aproximaba a toda velocidad, cabe la acera por donde transitaba nuestro huésped, seguido por mí a corta distancia. Habitado a esta clase de incidentes, pude darme a tiempo exacta cuenta del peligro que corríamos, pero sin poder explicar a mi amigo lo que debía hacer para sustraerse a los efectos de la gran salpicadura. Mr. Young se comprimió cuanto pudo, pegándose a la pared, ante el temor de ser arro-

llado por aquel vehículo; pero nada pudo hacer para evitar que las ruedas de éste, al caer en el gran charco, lo mojaran totalmente, proyectando sobre su rostro y traje de casimir, color claro, las salpicaduras de aquella agua fangosa, pestilente y sucia. Presuroso acudí en su ayuda, mientras él, con el rostro contraído por la ira, trataba de limpiarse con el pañuelo las partículas de lodo incrustadas en la cara, cabellos, brazos y manos, sin contar las del traje y el sombrero.

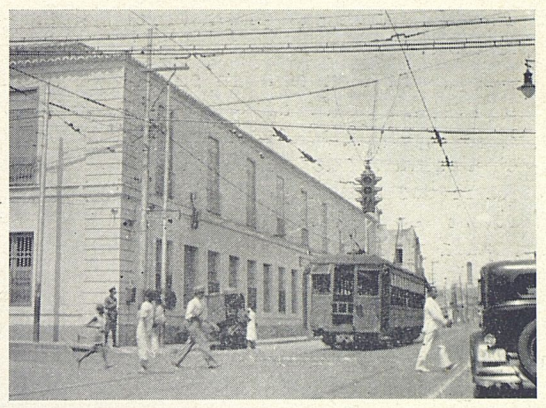
—Yo no puedo seguir así, en estas condiciones— fueron las palabras de mi amigo, quien inmediatamente se dispuso a tomar un automóvil para trasladarse al Hotel donde tenía el equipaje, a fin de poder cambiar de indumentaria. Hasta la cámara fotográfica estaba completamente humedecida por el agua verdinegra, con la cual habíanse adherido también partículas de detritus y basuras.

En nuestro camino hacia el Hotel, cruzamos por la Tercera Estación de Policía, ante la cual quiso detenerse Mr. Young para ver los jardines existentes en su frente y costados; mas su asombro llegó al máximo límite cuando se dió cuenta de que aquel bello edificio, de sillares de piedra y ladrillos vitrificados, al que la pátina del tiempo comenzaba a dar el sello de lo artístico y lo antiguo, estaba siendo pintado con lechada de cal... Este flagrante "ornaticidio", consumado a la vista de las autoridades y corporaciones llamadas a impedirlo, por el buen nombre de nuestra cultura ciudadana, ha hecho temer a quienes se ocupan en las cuestiones estéticas, que en un futuro más o menos próximo, cuando el transcurso de los años haga obscurecer las blancas paredes de nuestro Palacio Legislativo, haya alguien que, de buena fé y guiado por la mejor de las intenciones, ordene se dé una lechada a la inmensa mole del Capitolio....

*

Ya tenemos a Mr. Young otra vez en condiciones de continuar su interrumpido paseo por las calles de esta capital, a la que él no podría ya considerar "la ciudad más limpia del mundo", después del imprevisto baño recibido en una vía pública una hora antes. Un poco más calmado de la desagradable impresión recibida, al salir de su habitación aseado y elegante, se dispuso a continuar el recorrido, a pie, de calles y avenidas.

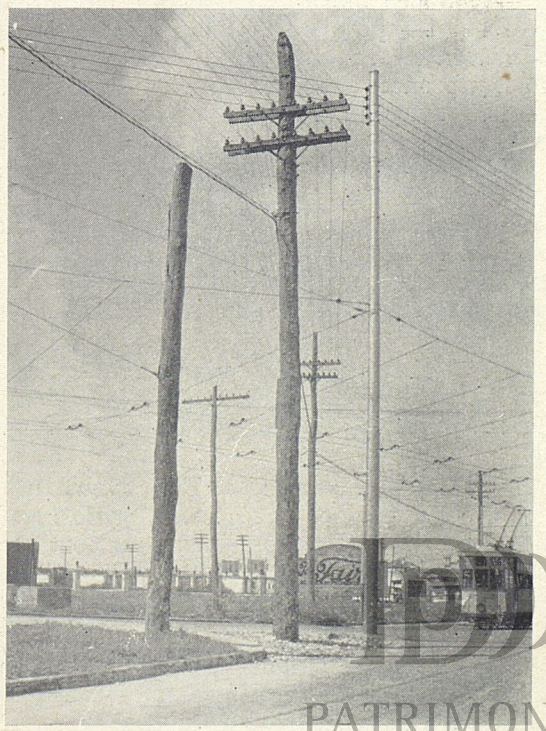
Mr. Young tuvo oportunidad de admirarse ante la vista de los incontables postes existentes en todos los sitios públicos de nuestra capital, asegurando no haberlos encontrado nunca, con tal profusión y bajo forma tan rústica, en ninguna otra ciudad de las muchas que había visitado, en Europa y América. Nunca, tampoco, había visto tantos alambres y cables aéreos como los que aquí existen en las calles, cruzándose en todos sentidos, afeando las fachadas



Un aspecto de los alambres conductores de corriente y de los postes instalados por la Compañía de los Tranvías, en el cruce de las calles de Padre Varela y Finlay, donde se halla la Escuela de Medicina.

de los edificios y dando la sensación de una maraña sin paralelo, quizás, en ninguna otra ciudad del mundo. Le llamaron especialmente la atención, los postes de las líneas del Teléfono de madera rústica, toscamente desbastada, torcidos y sin pintura, transportados desde el monte de su procedencia en tal estado de rusticidad para ser fijados, como un reto a nuestra condición de pueblo culto, en plazas, paseos, calles y principales avenidas de esta capital.

—Es curioso — díjome Mr. Young — que aquí se permita llevar por fuera del pavimento esos gruesos cables que debieran estar soterra-



Conjunto de postes "artísticos" en una esquina de la calle 23, del Vedado.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

dos, como lo están en todas las ciudades donde las líneas de tranvías emplean el sistema del doble trole.

—Aquí también estaban soterrados al principio esos cables de alimentación —le respondí—; pero, según mis recuerdos, cuando se hizo el alcantarillado de La Habana, cuyas calles estrechas tenían que abrirse en toda su anchura, se dió permiso a la Compañía de tranvías para que colocara **provisionalmente** esos conductores en los postes de sus líneas aéreas, hasta que se terminaran las obras del alcantarillado, soterrándolos entonces de nuevo. Aunque ya van transcurridos más de veinte años, la Compañía no se ha ocupado en soterrar esos cables que, según la autorización concedida, suspendió de sus postes temporalmente...

—¡Muy interesante y curioso! —volvió a exclamar Mr. Young, repitiendo una vez más su cargante estribillo. De pronto, me hace un ruego anonadante e intempestivo:

—Yo quiero —me dice— que me lleve a ver la estatua de Céspedes...

—¿La estatua de Céspedes? Pues mire usted: aunque lo deploro mucho, no puedo complacerlo porque... Céspedes no tiene todavía ninguna estatua en La Habana.

—¡Muy interesante y curioso! —exclama Mr. Young, mientras rectifica su error, aclarando que lo que desea conocer es la estatua de Máximo Gómez.

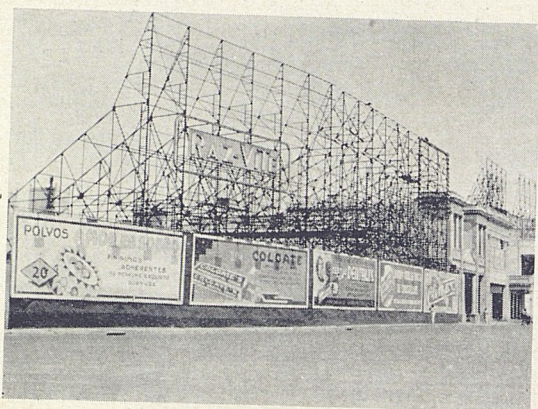
—He oído hablar mucho de ella y la he visto en fotografía —añade—. Es un bello monumento...

—Tampoco puedo complacerlo en esto —le interrumpí— porque Máximo Gómez no tiene todavía la estatua que ha de perpetuar en mármoles y bronces el recuerdo de sus hazañas guerreras. También nosotros los cubanos estamos oyendo hablar de ese monumento desde el año de 1913, en que se constituyó el primer Comité encargado de gestionar su erección; pero como no han transcurrido desde entonces más que veintidós años y aquí se toman estas cosas con mucha calma, para hacerlas bien, no hemos podido aún ver convertido en realidad aquel proyecto.

—Oh! sí. Yo estaba equivocado —interrumpió Mr. Young.— Yo quería decir la estatua de Maceo... ¿Tampoco existe aquí ese monumento?

—Sí, mi querido amigo. Ese monumento es el único del cual podemos estar, si no orgullosos, al menos satisfechos, porque la obra escultórica del infortunado Boni es bella y artística en su conjunto, como lo reclamaba y merecía el Titán.

Y a ella nos dirigimos, a pie, por el Paseo de Martí y la Avenida de Maceo o Malecón, teniendo nuestro huésped una nueva ocasión para observar, aunque ya sin sorpresa —porque su vista estaba habituándose a recibir las impresiones



Un aspecto de las vallas anunciadoras y de la armadura metálica de los anuncios luminicos existentes en la calle de Marina, frente al Parque de Maceo.

desagradables— anuncios y pasquines pegados en los pedestales de las figuras escultóricas que decoran nuestra principal y más bella avenida; los letreros e inscripciones pintados en el muro y pilastras del Malecón, y otros muchos detalles más o menos grotescos, de los cuales no quisiéramos acordarnos...

Después de contemplar admirativamente la estatua ecuestre del insigne guerrero oriental, orgullo de nuestro pueblo y de nuestra América, Mr. Young quiso recorrer en un automóvil toda la barriada del Príncipe, del Vedado y del antiguo Carmelo, deteniéndose muchas veces a contemplar con mal disimulado asombro las incontables vallas anunciadoras; las antiestéticas estructuras metálicas de los anuncios luminicos, existentes en casi todas las avenidas, plazas, parques, solares yermos y principales vías de comunicación, ora impidiendo la vista de sitios bellos y pintorescos, ora destruyendo el buen efecto de las perspectivas, sin que se haya tratado de poner coto, hasta ahora, a un estado de cosas tan lamentable.

Mr. Young tuvo un motivo más de sorpresa al contemplar el raquíptico y heterogéneo arbolado de las principales calles vedadeñas, en las cuales pueden verse, mezclados sin orden ni concierto, árboles de las más variadas especies, grandes y pequeños, sembrados a distancias desiguales, sin ninguna regla de simetría, como la que siempre se observa en todas las ciudades importantes, para dar al conjunto la belleza que sólo puede conseguirse mediante la uniformidad, acertadamente establecida para cada calle y cada sitio.

Se sorprendió asimismo Mr. Young al ver el estado de las aceras, en muchas de las cuales el césped ha cedido su puesto a las plantas silvestres, crecidas y extendidas hasta el punto de formar en no pocos lugares, verdaderos matorrales; y tuvo, finalmente, una impresión desagradable para la vista y el olfato, al transitar

junto a los latones de basuras, colocados en los arriates y aceras de las calles del Vedado, con quebranto de las más elementales medidas de ornato y de higiene.

Nos trasportamos después a las afueras de la ciudad, para que Mr. Young conociera los principales Repartos existentes allende el río Almendares, pudiendo observar una vez más que el paisaje típico urbano de esta capital, tan querida por quienes hemos nacido en ella como maltratada por muchos de los que tienen el deber de cuidarla y enaltecerla, es la monótona repetición de cuanto había visto ya hasta entonces: árboles escasos en número, raquíuticos y desgajados; postes y más postes de todos los gruesos, formas y tamaños; alambres conductores de corriente en profusión anonadante e inconcebible, vallas anunciadoras, letreros en las fachadas, carteles y pasquines...

En la creencia de que nuestro huésped se daría por satisfecho con el conocimiento de cuanto le habíamos enseñado, al acompañarlo en la prolongada excursión efectuada durante todo aquel día, le propuse regresar al Hotel, para que hallara en él el descanso que necesitaba; pero Mr. Young me dice estas palabras graciosamente invertidas y equivocadas:

—Antes de embarcarme, yo quiero visitar el Monte de Jesús y el barrio de La Culebra...

Me doy cuenta al punto de su intención, mal expresada, y le rectifico:

—Usted querrá decir seguramente Jesús del Monte y La Víbora.

—Eso es, sí; La Víbora. Mis amigos cubanos de New York me recomendaron mucho que no dejara de visitar esos lugares. Dicen ellos que son muy lindos. ¿No es cierto esto?

Conociendo el carácter insistente y perseverante de Mr. Young, comprendí que sería inútil tratar de disuadirlo; pero, con el pretexto de ser ya la hora del crepúsculo y de que empezaba a oscurecer, conseguí aplazar la excursión para el siguiente día, regresando ambos al centro de La Habana, un tanto fatigados por las actividades que habíamos desarrollado durante diez horas en constante movimiento.

*

Mr. Young fué puntual a la cita convenida, y a las cuatro de la tarde del subsiguiente día se reunió conmigo para ir a Jesús del Monte y La Víbora. Acordamos ampliar el itinerario del paseo, haciéndolo extensivo al barrio de El Cerro, y al punto nos trasladamos en un tranvía que recorrió la Avenida de la Independencia, antes de Carlos III, y las Calzadas de Infanta y del Monte, hoy Avenidas de Menocal y de Máximo Gómez, respectivamente, a la en un tiempo aristocrática barriada cuyo nombre está unido al recuerdo de los más fastuosos actos de la vida social habanera durante los últimos años de la época colonial.

41

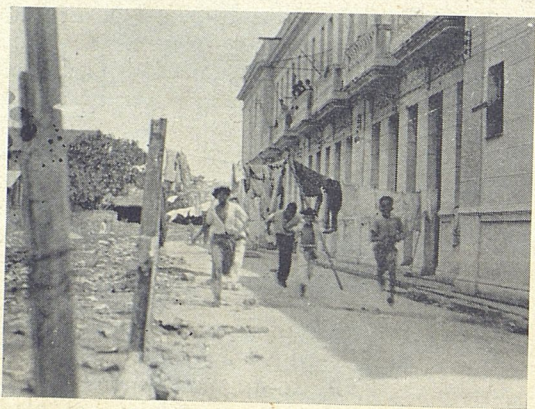
Mi observador amigo tuvo ocasión de ver durante el viaje algo que despertó en su ánimo un gran interés: los puestos fijos de los vendedores ambulantes —permitásenos la paradoja— y entre ellos, los numerosos trapiches instalados en la vía pública, donde se extrae y se expende el jugo de la caña, cuyo bagazo se amontona en las mismas aceras, desde las cuales el viento y los peatones se encargan de esparcirlo por el pavimento, con mengua del ornato y de la higiene.

Próximo a los Cuatro Caminos, cruce de calles donde el tendido aéreo de los conductores de corriente llega a su grado máximo de complicación y de fealdad, acertamos a ver el cartel anunciador de un teatrillo del género ínfimo, en el que se consignaban los títulos de las obras que iban a representarse aquella noche, y entre ellas una titulada “El Sinbergüenza”, escrito así, con **b** de burro, en grandes caracteres, para vergüenza de quienes siguen todavía las reglas gramaticales y toman en serio la existencia de la ortografía.

Para que nuestro huésped conociera de un modo directo todos nuestros medios de transporte, le propuse ir en ómnibus a La Víbora, lo que aceptó aquél sin resistencia, y tomamos allí mismo en los Cuatro Caminos una “guagua”, que por cierto tenía escrita en la contrahuella de uno de los escalones de subida, con caracteres de gran tamaño perfectamente dibujados, esta amable y acogedora inscripción: “Sea usted bienvenido”, también con **b** de burro, letra que por lo visto cuenta con muchos partidarios entre los pintores y dibujantes de letreros...

A mitad del camino, sin embargo, tuvimos que cambiar de medio de transporte, porque Mr. Young no pudo soportar por más tiempo la molestia de ir de pie, en el pasillo del ómnibus, con la cabeza doblada sobre el cuello, debido a que el techo del vehículo, demasiado bajo, no le permitía tener la cabeza levantada, a pesar de ser él un hombre de sólo mediana estatura, mostrándose sorprendido de que otros muchos viajeros colocados en sus mismas condiciones, no protestaran al tener que soportar lo que, para él, constituía una molestia intolerable, no experimentada nunca en ninguna de las ciudades que había visitado.

Pero, por fortuna, todas las impresiones desagradables recibidas por Mr. Young quedaron completamente borradas ante la maravillosa visión que tuvo al contemplar La Habana desde la gran altura de la Loma de Chaple, de la cual se divisa a vista de pájaro nuestra urbe, libre de sus pequeños defectos o imperfecciones, para dar la sensación de una gran ciudad, ribereña a un mar intensamente azul, como lo es también nuestro cielo, haciendo pensar al turista visitante que no exageraron mucho los conterráneos nuestros cuando le aseguraron que La Habana era “una de las más bellas ciu-



Tendederas de ropas en medio de la vía pública, en la barriada formada por las "casas modernas" de Gómez Mena, cerca del Mercado Unico.

dades de América"... si se la observa desde un punto de vista elevado y en perspectiva.

Al regreso, Mr. Young se propuso conocer en detalle nuestro Mercado Unico y sus alrededores, para lo cual recorrió a pie todas las calles aledañas a la antigua Estación de Cristina y a dicho famoso Mercado, pudiendo observar en ellas, entre otras muchas cosas curiosas y estupendas, numerosos quioscos de madera rústica que dificultan el tránsito público; tendederas de ropas en medio de la calle; una barbería al aire libre, instalada en la misma vía pública, y, para remate de cuentas, algo que es típico entre nosotros, donde muchos de nuestros conciudadanos, al desprenderse con dolor de sus prendas de vestir o de calzar, suelen lanzarlas hacia lo alto para que pendan durante algún tiempo de los alambres aéreos: dos alpargatas sostenidas por sus cordones sobre los alambres del tendido del alumbrado, detalle interesante y chistoso que Mr. Young se encargó de captar —permítaseme emplear una de las palabras de moda— con la lente de su cámara fotográfica.

Ya en camino hacia el Hotel, y cuando sólo faltaban por recorrer dos cuadras para que mi amigo se reintegrara al lugar de su residencia, Mr. Young dió de repente un traspiés, resbalando y cayendo de bruces sobre el pavimento, en medio de la hilaridad de un grupo de individuos que, al verlo tendido en el suelo, lanzaron grandes gritos y estridentes carcajadas: cierto hueco profundo en un tramo de acera completamente rota, no advertido a tiempo, y la falta de tapa de un registro de la tubería de agua, fueron las causas determinantes de este nuevo percance sufrido por Mr. Young, quien se incorporó dificultosamente, con el na-

tural sufrimiento producido en su cuerpo por las magulladuras de la caída.

En el Hotel lo aguardaba un reporter que, enterado de su estancia en La Habana, quiso aprovechar la oportunidad para celebrar con él una entrevista y comunicar al público sus impresiones. Al final de la *interview*, después de una conversación trivial y sin importancia, surgió inevitable la consabida pregunta:

—¿Qué impresión le ha producido La Habana?

Mr. Young, amable y cortés, pronunció las siguientes frases, cuyo sentido —para mí perfectamente claro— no pudo comprender bien su interlocutor:

—Oh! Una impresión gratísima, y crea que me llevo de ella varios recuerdos que difícilmente se borrarán de mi mente en algún tiempo... —palabras que el reporter se apresuró a anotar en su libreta, ingenuamente satisfecho y agradecido.

Deseoso de conocer el verdadero juicio formado por Mr. Young, así como las impresiones que habría de llevarse de su visita a nuestra capital, le rogué que con toda sinceridad y franqueza me las comunicara, sin el temor de herir algún sentimiento ni de recibir ningún reproche. Y Mr. Young fué esta vez complaciente y sincero al expresarse así:

—“La Habana —exclamó— es una ciudad que tiene un emplazamiento envidiable; bella en su conjunto e imperfecta en muchos detalles de estética urbana, que fácilmente podrían corregirse, hasta hacerlos desaparecer por completo, para llegar a convertirse en una de las capitales más hermosas de la América hispana, y acaso también del orbe; pero tiene, además, algo excepcional e incomparable, sobre lo cual nada he dicho hasta ahora, a pesar de ser lo que me ha producido las más gratas impresiones: sus mujeres, bellas y gentiles, airoas y elegantes, cuyo tránsito por las calles constituye un aliciente especial para el turista que aspira a extasiarse con la contemplación de la belleza. Son ellas, sin duda, el principal elemento de estética con que cuenta La Habana, para cautivar a quienes tienen la suerte de conocer esta ciudad, de la cual pudiera decirse, parodiando una frase frecuentemente repetida, que cuenta en su seno con las mujeres más bellas del mundo...”

Yo me limito a repetir las frases de Mr. Young, para arrojarlas cual pétalos de rosas a los pies de las damas que me escuchan, y muy especialmente de las que integran la Directiva de esta gran institución femenina que tan galantemente ha acogido en sus salones a los “Amigos de la Ciudad”.